

RICHARD BRAUTIGAN, DE LOS BRAUTIGAN DE TODA LA VIDA

No soy un gran lector de Richard Brautigan, solo me he acercado a tres libros suyos y lo hice por la recomendación de mi amigo y maestro de ceremonias Ignacio Oscoz. No es un autor que me guste reseñar. ¿Motivo? Porque no es fácil hacerlo. Cualquiera que sepa de intenciones metaliterarias y dimensiones sabe que Brautigan no está hablando «solo» de colocones artificiales, psicodelias barraganas y verrugas en el pene. Cualquiera, claro, salvo el *stablishment* cultural de este país (y de *El País*) con más interés en lo anecdótico que en la literatura. Leo que Montero González dice en Babelia: «Si hay un escritor que debe su éxito al prestigio de su fracaso, ese es Richard Brautigan».

Montero Glez. identifica esas dos entelequias, supongo, con el volumen de ventas. Habrá que considerar a Lucía Etxebarría como a una autora que debe su éxito al prestigio de su éxito (y no a la descarada campaña publicitaria que el grupo Prisa emprendió para vender un determinado icono juvenil, una manera de comportarse, de gritar, de vestir: en suma, nada que tenga que ver con el arte y la literatura).

Brautigan me recuerda a Kiko Veneno en ciertos aspectos. Uno es el de la poesía trasladada al ámbito de lo urbano, el otro es la obsesión por colocar una determinada palabra en el ojo del huracán creativo. Kiko se empeñó en colocar ‘metacrilato’ en una canción de pérdida amorosa. Y cómo.

También era conocida la ambición de Brautigan por acabar un libro con el vocablo ‘mayonesa’, lo que no imaginaba Richard Gary Brautigan era que un día sus libros iban a ser de culto, entre otros factores (como su calidad y el desafío directo al canon de los géneros que plantea), gracias a que un amigo llevó uno de sus manuscritos a una biblioteca de Vermont que solo admitía manuscritos rechazados. El destino, quizá suscribiría Esquilo, siempre se revuelve sarcástico: los manuscritos en la biblioteca eran separados por botes de mayonesa. Pero dejemos las anécdotas que al parecer tanto interesan a Babelia y busquemos la literatura.

El libro que reseñamos hoy es *Willard y sus trofeos de bolos*, editado en España por Anagrama. Bob y Constance tienen una extraña y poética relación que es turbada por unos hongos que Constance contrae en un arrebato erótico con un abogado. Sin embargo Bob no cree que este deba ser el final de la relación. Con un magnánimo gesto consiente en que lo hecho, hecho está, y la relación que mantienen es más importante.

Pero el asunto se complica, porque Bob acaba contrayendo también las verrugas que dificultan el acto sexual y les obligan a usar condones, muy del desagrado de los dos. Más aún, las escenificaciones sexuales de sadomasoquismo feble en las que Bob amordaza a Constance cada vez son más necesarias y preocupantes (preocupantes porque de otra forma, quizá, no podrían copular).

Las descripciones incisivas, directas y en algún momento musicales de ese bosque interno de estafilococos, bacterias, verrugas y tracto urinario caliginoso son de auténtica antología: difícilmente se puede encontrar otro escritor que haya puesto el ojo narrativo ahí y haya explicado con tanta habilidad como intención que la podredumbre también es poesía. Con la salvedad, quizá, de Bukowsky y Boris Vian (y en otro nivel Thomas Mann con *La muerte en Venecia*). La pulsión artística puede partir de los genitales, claro que sí.

Con el paso de las páginas vemos que Bob ha perdido la confianza en sí mismo. Se ve incapaz de hacer nada y cualquier nadería le cuesta un gran esfuerzo: salvo leer un libro de Alceo de Mitilene, cuyos poemas tienen a Bob capturado en una red de sensaciones empáticas y literatura. Constance teme que sea este libro el que tiene postrado en el sofá a Bob y alimenta deseos de destrucción hacia el volumen (obviamente le conviene más esta explicación que la de la enfermedad de transmisión sexual que ha trastornado su espléndida relación). La enfermedad de Bob es algo que señala su culpa; que el sexo ya no les funcione como antes, también es su culpa. Que Bob haya decidido que sigan juntos, le hace sentirse aún más culpable. Poco a poco la trama descubre —genialmente elegido el orden de los elementos narrativos, a pesar de la aparentemente caótica mirada— que nos encaminamos a un conflicto arte-vida de proporciones ínfimas, pues afecta solo a unos pocos elementos del libro; sin embargo el conflicto se irá desplegando en oleadas hasta abarcar esa filosofía del fracaso que mencionaba Montero González: el fracaso del que se interesa por lo que le ocurre al ser humano. Que como no puede ser de otra manera en la tragedia griega (y aquí no se está contando otra cosa), acaba en tragedia griega.

¿Por qué lloras, Bob? Tienes que decirme por qué lloras.

—Lloro por aquellos griegos.

Tenía la cara tan llena de lágrimas que no había sitio para otra más. Intentó encontrar sitio para otra, pero no lo consiguió. Así que dejó de llorar.

—¿Qué griegos? —dijo Constance. Y en cuanto las palabras salieron de su boca supo que se refería a aquellos griegos. Pensó que ojalá no hubiese formulado la pregunta.

—Los de la Antología griega.

—¿Y qué les pasa a esos griegos? —dijo Constance y luego se dio cuenta de lo que había dicho. Tenía la sensación de haber aceptado subconscientemente una trampa en la que había caído.

—Están muertos.

Ese interés salpicado de sentimentalismo en la gente muerta es lo que los Logan, por ejemplo, no tienen, empatía. Cuando Bob socializaba con sus vecinos lo tenían por un genio: rápido, seductor, divertido, también el sexo le funcionaba con Costance. Bob ha caído en el bucle autocompasivo que lo empuja de las hazañas del poeta griego que lee a su actual carencia de hazañas: la empatía suele ser peligrosa, sobre todo porque hay gente en el mundo que no la tiene.

El argumento se complica. Aparece Willard, que es solo un pájaro de *papier-maché* junto al que se esconden los trofeos de bolos. Está justo en el piso situado debajo del de Bob y Constance. Los trofeos de bolos han sido robados y no parecen ser de mucho valor, pero tienen un gran valor sentimental. Sobre todo para los hermanos Logan, tres hermanos peculiares de la América profusa que obtuvieron respeto y sus cinco minutos de gloria durante la consecución de varios torneos. Se nos presenta a los Logan: los tres tipos, incapaces de olvidar la afrenta, esperan una llamada telefónica que les aclare dónde están sus trofeos de bolos. Hace tres años abandonaron su hogar y ahora malviven esperando esa llamada, perpetrando pequeños hurtos y planeando otros mayores. Tres grandes víctimas del pequeño y jodidamente falso sueño americano que vivieron a lo largo de los torneos.

Y ahora el argumento se retuerce: los que tienen los bolos en su piso son John y Patricia, vecinos y amigos de Bob y Constance hasta que Bob perdió la capacidad de socializar. Haciendo memoria de la relación, Bob recuerda que John le explicó que había encontrado los trofeos y el pájaro en el maletero de un coche abandonado en el condado de Marin.

Mientras, los tres hermanos Dalton, perdón, Logan, han formulado un solemne juramento: matarán a los ladrones de bolos y retornarán a casa con los trofeos, o morirán en el intento. Los hermanos Logan, satélites orbitando alrededor del planeta Bolos, recuerdan cómo fue el robo: fueron a ver una película «muy buena» que trataba el mundo de los bolos protagonizada por Paul Newman.

No pudieron salir más decepcionados de ella: no salía un solo bolo. Paul Newman era el Eddie Felson de *El buscavidas* y jugaba al billar. Cuando la familia en pleno vuelve a casa se encuentran con lo inevitable: los trofeos de bolos han desaparecido, un asunto más que cargar al actor Paul Newman. Por increíble que parezca, al tercer año de espera telefónica alguien llama para pedir dinero por los trofeos de bolos. Pero pide cinco mil dólares, en lugar de los tres mil que ellos han ahorrado. También asegura que una nota suya les llegará con instrucciones para entregar el dinero. La nota nunca llega y queda en el aire que todo ha sido una cruenta broma. Cuando ya han decidido salir del motel para buscar casa por casa los trofeos, reciben otra llamada anónima que les asegura que los trofeos están en Middle Fork, Colorado. Allí se dirigen. Por supuesto allí tampoco hay nada.

—Allí no hay más que un prado —les dijo un viejo, mirándoles detenidamente en el bar del pueblo. Ellos esperaban que les dijese algo más de aquel prado, pero nada. Los hermanos Logan se sintieron algo incómodos. Le dieron las gracias al viejo e intentaron encontrar otra persona que pudiera ayudarles.

El viejo explicó muchas veces la historia de los tres forasteros que le preguntaron si había una casa allí y él dijo: «No, allí hay un prado». Y ¿sabes lo que me dijeron? Me dieron las gracias por decirles lo que ellos habían visto con sus propios ojos.

Los Logan siguen su infructuosa búsqueda incrementando el número de asaltos a gasolineras y perpetrando cada vez más violencia. La única llamada que reciben, hay que decir que pusieron un anuncio en un periódico de una localidad a unos tres mil kilómetros del lugar en el que están ahora, es la de un tipo que se confunde de persona. Vagan de Kansas a Nuevo Méjico preguntando por sus bolos.

La injerencia de Brautigan en la novela negra no puede ser más desmitificadora y desopilante. Si Juan Benet creó en *El aire de un crimen* a aquel personaje que descubría el caso porque se iba resolviendo solo y su estupidez no era más que una barrera para la resolución, o Tybor Fischer nos muestra a los matones más filosóficos y fuera de lugar en *Filosofía a mano armada*, Brautigan nos pone enfrente a tres tipos que no buscan un verdadero botín (salvo por su valor sentimental), que no saben adónde van y que cada acto perverso que cometen con el fin de recuperar sus tesoros los mantiene a la misma distancia, insalvable, de su objetivo.

El final griego se precipita. John y Patricia ven la tele. Pero Patricia no siente un amor especial por la tele. Después de que se quede dormida, vemos que John necesita seguir el espectáculo de Johnny Carson para conciliar el sueño. Para él es un sedante, o eso se dice él, pero un sedante no se disfruta como lo hace John. Las imágenes de Brautigan retratando la frivolidad de la clase obrera y media son bestiales:

El siguiente invitado del programa de Johnny Carson era una joven actriz que llevaba un vestido escotadísimo. Tenía unos pechos gigantescos e intentó caminar púdicamente desde el telón hasta donde estaba Johnny Carson sentado con los otros invitados. Johnny Carson hizo un chiste sobre los pechos de la actriz mientras esta caminaba hacia él. El público rio cordialmente. La actriz intentó sonreír y John escupió un bocado de bocadillo de pavo por la cama. La actriz se sentó. La actriz explicó a Johnny Carson y a millones de americanos insomnes, muchos de ellos rodeados de fragmentos de comida que acababan de expulsar jocosamente de sus bocas, que acababa de terminar en Italia una película del Oeste.

Eso fue todo lo que dijo. Pero Carson consiguió utilizarlo para hacer otro chiste sobre sus pechos. El público reía cordialmente. John se alegró de no tener más comida en la boca.

Los Logan, agentes griegos de lo inevitable, encuentran la dirección de los trofeos de bolos después de muchos años de búsqueda, la inestimable ayuda de un viejo esquimal que los envía a San Francisco en una conversación hilarante que el lector debe conocer en el mismo libro. El final... es mejor leerlo. No se pierdan este libro, *En azúcar de sandía*, *La pesca de la trucha en América* o *Un detective en Babilonia*, porque más allá del éxito y el fracaso se van a encontrar con un escritor que se gana el nombre de escritor con su mirada provocadora, inimitable y tierna.

RUBÉN MUÑOZ HERRANZ



Narrativa y gramática on line
www.electrobardo.com



Valer de narrativa
El Electrobardo